

MITOLOGÍA ANTICAPITALISTA Y RECESIÓN

En los disonantes compases de abertura de la crisis financiera asomó una primera tentación de mitología anticapitalista, como signo de desfondamiento crepuscular. Los sectores favorables a perfiles anti-sistema preexisten a la recesión actual e incluso al proceso globalizador. Representan inercias de origen ideológico pleistocénico, considerablemente al margen de la dialéctica centro-derecha/centro-izquierda en Europa y al contacto de tangente entre republicanos y demócratas en los Estados Unidos.

En esta dialéctica, ni triunfan los postulados del anarco-capitalismo ni los mitos del anticapitalismo, pero al iniciarse la crisis pudo distinguirse una diferencia de reacciones: el centro-izquierda reinventaba a Keynes y apostaba por algo llamado refundación del capitalismo, si no refundación de la socialdemocracia; el centro-derecha cayó inicialmente en la vacilación y luego optó por la noción de imponer la norma del Estado frente al exceso del mercado, un desliz neo-intervencionista para apartarse de los estigmas del *laissez faire*. Preferentemente, la reacción no era ideológica sino política: percibir que la ciudadanía quiere que se haga algo obliga al hiperactivismo del gobernante, aunque sepa que sobreactuar en el ámbito regulatorio pudiera incluso retrasar la salida de la recesión. En España, a diferencia de tantos otros países en el ámbito de la OCDE, ha sido de carácter específico la negación permanente de la crisis por parte del presidente de Gobierno, Rodríguez Zapatero, al menos hasta conseguir estar

Valentí Puig es periodista y escritor. Articulista del diario ABC.

presente en la cumbre económica de Washington, con Obama electo y George W. Bush preparando la mudanza. Los sucesivos paquetes de medidas se han caracterizado generalmente por su anecdotismo e inanidad a partir de unos Presupuestos Generales del Estado tan irrealistas como los presentados para 2009.

Al haber penetrado ya en el túnel de la recesión económica, más allá de la debacle financiera y con tasas de paro rampante, nada impide que en las franjas socio-políticas situadas extramuros del eje tangencial centro-derecha/centro-izquierda cuaje la demagogia retórica y populista de una remozada mitología del anticapitalismo. Hay que volver a pintar cuadros elocuentes sobre la destrucción de Babilonia. De hecho, esa fue la propensión de Zapatero al atribuir las causas de la crisis a la presidencia de George W. Bush.

Sea socialdemócrata o liberal-conservador, al gobernante con sentido y responsabilidad de Estado le toca el papel poco grato de actuar sobriamente y ofrecer tan sólo sangre, sudor y lágrimas. Por experiencia y ejecutoria, en el centro-derecha están los precedentes más resolutivos ante crisis económicas de envergadura, sin desdeñar los logros de la socialdemocracia en sus mejores fases, a pesar de que habitualmente los socialistas destacan más en la gestión de las épocas de vacas gordas. Es decir, en el gasto. Presión fiscal y gasto público han sido sus rasgos más permanentes. No es menos cierta la tentación *dirigiste* de parte de la derecha europea. En Gran Bretaña, el consenso asumido por Harold MacMillan no se quiebra hasta Margaret Thatcher; en Francia, De Gaulle había querido siempre la sumisión incondicional del capitalismo al Estado; en Alemania, obtuvo sus frutos más eminentes la hoy preterida economía social de mercado; en España, a partir de la Transición la economía tuvo que afrontar hondos baches hasta lograr el tránsito de prosperidad que se identifica con los dos Gobiernos sucesivos de centro-derecha.

El hecho de que España sea peculiarmente receptiva a la nueva mitología anticapitalista no la aleja del resto de Europa. En realidad, la coincidencia es amplia. En España hay quien ha hablado del “final de una ilusión”, en plagio parcial y deliberado de *El pasado de una ilusión*, de François Furet,

sobre el final de la idea comunista. Un escritor catalán ha comparado lo que llama cataclismo con el fin del Imperio Romano en Occidente. Los viejos héroes de mayo de 1968 han salido de su sopor para lanzar un adoquín contra el capitalismo caduco. Puesto que concluyó el mito del progreso indefinido y puesto que nadie con uso de razón sostiene que el capitalismo sea perfecto, lo más apropiado para la nueva mitología anticapitalista es sentarse a jalearse el hundimiento de los mercados. Dos generaciones políticas –o anti-políticas– recuperan el sentido determinista de la Historia porque nunca se sintieron cómodos con el triunfo del indeterminismo. Lo sabían: estaba escrito que el capitalismo tenía que acabar mal. Viejos dogmas reaparecen para demonizar el sistema capitalista recurriendo a la credulidad pasiva del *homo videns* atenazado por el miedo a la inseguridad.

Sobre todo para los penúltimos intelectuales de izquierdas, en el fondo el capitalismo todavía es el culpable. Nuevos keynesianos aparecen a derecha e izquierda. Habermas dice que la política, y no el mercado, es responsable de la promoción del bien común. Concretamente, ésas serían, posiciones de matiz, pero en su expresión más álgida la retórica ideológica no reconoce matices a la hora de reinstaurar una mitología anticapitalista. Toma la palabra la izquierda que ignoró y en ocasiones justificó la capacidad de exterminio del totalitarismo. Prefiere la eficacia simbólica a la consideración racional. Desea retirar del ámbito de debate público incluso la defensa del libre mercado como algo que requiere de ajustes y controles. Volvemos al profetismo. Descabezada la utopía del *grand soir*, la izquierda parece optar por el Apocalipsis. Hay quien ha igualado la crisis financiera y bursátil a un “nuevo opio de los intelectuales”. Es la readaptación del mito de la toma de la Bastilla pero ya en la primera década del siglo XXI.

Tan sólo hace unos meses, los *think-tanks* de la izquierda posible estaban intentando formular la manera más digna de salirse del legado socialista. Habían llegado con retraso al entendimiento de la realidad de la globalización porque tardaron demasiado en asumir la economía de mercado. Por lo demás, la falta de luz al final del túnel es común a casi toda la izquierda europea, aquejada de deserciones en el electorado y en otros casos por el viejo fenómeno de las escisiones ideológicas, el clásico *glissement à gauche*. No aparecía un nuevo método de políticas redistributivas ni

de recomposición del Estado de bienestar. Sólo prosperaba la alusión apocalíptica a la ofensiva neoconservadora o neoliberal, dos espectros inventados por la propia izquierda. Se esperaba todo de una victoria de Obama, una expectativa casi mesiánica. En referencia a Europa, *Newsweek* habló de “izquierda coja”. *Le Nouvel Observateur* se refería al “año cero de la izquierda europea”: Marcel Gauchet recomendó al socialismo francés mirar el mundo tal como es en lugar de despreciar los miedos de las clases medias y de pedir a las gentes que renuncien a lo que son. Con mayor realismo, el líder del laborismo holandés, Wouter Bos, subrayaba el lado oscuro de la globalización pero al tiempo la veía como “perspectiva de prosperidad para los pobres y de libertad para los oprimidos”.

Al proclamar Blair y Schroeder el manifiesto de la “tercera vía” allá en 1999, la socialdemocracia gobernaba en casi toda Europa. Ahora tan sólo gobierna en Portugal, en Gran Bretaña –con retroceso– y en España, si es que Zapatero puede ser considerado un socialdemócrata. En estos momentos, de repente incluso el centro-derecha parece querer reencarnarse como socialdemocracia. Es indisimulable el amedrentamiento del centro-derecha europeo. La izquierda ha saltado a la cancha con la pretensión de monopolizar la inquietud provocada por la crisis financiera y los efectos de la crisis económica. En su programa para las euro-elecciones de junio, los socialistas europeos recurren a fórmulas tan vaporosas como referirse al centro-derecha diciendo: “Ellos siguen el mercado. Nosotros seguimos nuestras convicciones”. Hablar de fundamentalismo de mercado refiriéndose, por ejemplo, a la democracia-cristiana alemana es una notoria impiedad.

Desde luego, en Alemania peor lo tiene la socialdemocracia, con el traspaso de votos al partido izquierdista de Oskar Lafontaine. Algo semejante ocurre con el socialismo francés, fracturado dramáticamente y ya con una escisión a la izquierda liderada por el senador Mélenchon. El laborismo británico pugna para remontar las encuestas desfavorables. La socialdemocracia en Europa busca la inspiración de Obama. Las peripecias del Tratado Constitucional y el nuevo “no” irlandés a su reformulación tampoco añaden atractivos para un electorado que es sustancialmente nacional porque no existe un *demos* de dimensión pan-europea. Es por la misma razón que si las medidas contra la crisis dan algún resultado serán los Go-

biernos nacionales quienes reclamen la paternidad y el protagonismo; de fallar, la culpa sería del laberinto babélico-bizantino de Bruselas. Así se juega al escondite con las opiniones públicas.

Con el *lifting* de retórica ideológica, el objetivo consistiría en marcar un final de era, poner un límite a la victoria de los mercados tras la caída del Muro de Berlín, e invertir todo el proceso. Lo que se busca es transformar los efectos de la crisis financiera y la ralentización económica en una oportunidad para una estrategia política que hace unos meses se daba por totalmente extinta. El rostro de una izquierda gradualista quedó iluminado por lo que quedaba de una nostalgia rupturista, cambió por otro perfil, recordó los viejos cantos de victoria al creer estar asistiendo a las exequias de todo lo que tuvo que asumir, ahora se ve, con desgana, porque en el fondo permanecían casi intactos los viejos mitos, como en la Atlántida sumergida. La panoplia es amplia: de las políticas redistributivas al socialismo para el siglo XXI que propugna Hugo Chávez.

En su versión más suave, la nueva mitología anticapitalista se reduce a la ilusión de un renacer socialdemócrata, después de que la globalización cuartease sus fundamentos. En su versión más salvaje, en el diagnóstico *pro domo sua* de la izquierda sobre la economía de mercado hay un manifiesto afán de administrar y gestionar el miedo que las turbulencias financieras, la crisis bancaria y los efectos de la crisis provocan en las sociedades a lo largo y ancho del mundo. Creerán llegada la hora de los populismos expansivos de izquierda radical, quizás un regreso a los dogmas más específicos de la prognosis marxista y a la política de masas. Por ejemplo: a partir de la reunión en Sao Paulo de partidos comunistas de todo el mundo, en México acaba de instituirse el Directorio Revolucionario de Estudiantes Anticapitalistas, en el Auditorio Che Guevara de la Universidad Nacional Autónoma. Tesis: la crisis del sistema no se puede resolver dentro del propio sistema capitalista; inminente desplome del capitalismo; es absurdo humanizar el capitalismo; derrota obvia del libre mercado. Ése es el lenguaje de la radicalidad rupturista.

Hubo un parón de las ideologías anticapitalistas después de la caída del Muro de Berlín; luego reaparecieron con el movimiento antiglobalización,

pero llevaban ya un tiempo más bien desarboladas. Con la crisis actual, toman nuevo impulso: lo que ocurre es que no ofrecen soluciones ni alternativas reales. Ahora mismo, ni el más catastrófico de los vendavales financieros da pie para reargumentar la naturaleza fundamentalmente totalitaria y económicamente disfuncional que fue el socialismo real. Al fin y al cabo, un socialista francés –Strauss-Kahn– dirige el FMI y un laborista británico –Peter Mandelson– pugnaba hasta hace poco en defensa del libre comercio desde la Comisión Europea. Mandelson pide más pragmatismo, no más Estado sino un Estado más estratégico, capaz de defender y preservar el dinamismo de los mercados recurriendo de ser necesario al incentivo público. No es, desde luego, otra victoria silenciosa de la socialdemocracia.

Aunque en el fondo ese debate sea tiempo perdido, la oportunidad para volver al psicodrama de mayo de 1968 y a la idea de ruptura con el sistema no ha dejado de ser una tentación, que puede ir a más al agravarse las percepciones sociales de la fase recesional. Si la confianza es clave en toda acción de gobierno que se haga en nombre del interés público, lo que pretende la nueva mitología anticapitalista es erosionar de la forma más rápida posible la confianza de tantos miles de millones en el funcionamiento cotidiano del sistema, de la bolsa de la compra al ahorro invertido en Bolsa. Súbitamente se olvida que dos décadas después de la desaparición del Muro de Berlín cientos y cientos de millones de seres humanos han accedido a niveles de vida impensables sin el efecto generador de la economía de mercado, del Báltico al Río Amarillo.

Incluso si llegásemos a la conclusión de que lo que llamamos la era Reagan-Thatcher ha terminado, no significaría más que eso: el paso de una versión animosa del capitalismo a una rectificación de derrotero, pero en la misma expedición. Un cambio de registro. Daniel Yergin, cuyo ensayo *Pioneros y líderes de la globalización*, escrito con Joseph Stanislaw en 1998, trazaba el panorama de un triunfo del mercado sobre el Estado con Hayek y otros como protagonistas, ha dicho recientemente que el péndulo entre el Estado y los mercados está oscilando de nuevo hacia el Estado ante nuestros ojos y eso está ocurriendo mucho más rápido de lo que nadie esperaba. Sí, existe un efecto pendular. Eso divide a Gobiernos y a líderes, visiblemente en Europa, donde unos países optarían por una mayor acción

—si no activismo— gubernamental y otros sugieren una intervención lo más contenida posible. Yergin opina que el proceso político ni tan siquiera ha comenzado a asumir eso. Del menos gobierno el péndulo pasa a más gobierno. Los políticos creen así atender a la percepción de incertidumbre y desconfianza de la gente. El espectáculo de *Wall Street* lleva instintivamente a una petición de más control por parte de los Gobiernos. Ése ha sido el efecto barométrico en la campaña electoral norteamericana. Su consecuencia es el volumen económico de los rescates, del sistema financiero a la industria del automóvil.

David Brooks habla de un tropismo hacia el orden y la estabilidad, pero niega que estemos ante un desplazamiento de derecha a izquierda, de anti-gobierno a pro-gobierno, sino del riesgo a la cautela, del desorden a la consolidación. Ciertamente, algunos paradigmas políticos pueden cambiar. Había un cierto elemento de ingenuidad pernicioso, propia a veces de los anarcocapitalistas y de la utopía libertaria, en pensar que de vez en cuando la globalización no iba a tener algún coste. Nada es gratis. Lo contrario hubiese representado una mutación y una ratificación de lo más anacrónico de la idea del progreso. Es que estamos en el post-progreso.

El mayor pragmatismo de la política norteamericana seguramente logre esquivar el embate retórico-ideológico que quizás arrecie en Europa. Al final va a resultar que lo que parecía el talante intelectual de una izquierda de proyección post-totalitaria realmente se nutría de hondas añoranzas colectivistas, entre el desdén absolutista por el acceso de la gente de a pie a la prosperidad y el ensueño corrupto de la planificación central. La ofensiva simbólico-estratégica de la izquierda conoce su destinatario final: sectores sociales temerosos a los que la complejidad aturde y la instantaneidad paraliza. Todavía asombra constatar que quienes conciben esa estrategia simbólica contra la economía de mercado actúan sin ningún elemento de responsabilidad intelectual y moral a semejanza *sensu contrario* de los depredadores que aliente el ecosistema de *Wall Street*.

Ése va a ser el caballo de batalla de la izquierda en el día a día mediático y parlamentario hasta llegar al estadio de las elecciones europeas en junio, una refriega con un abstencionismo en avance y una anorexia parti-

cipativa que es origen y causa del descrédito de la política demoliberal. Ya han reaccionado con celeridad los instintos tanto de la vieja como de la nueva izquierda, con prontitud reveladora de un deseo de reivindicar sus actitudes previas más que de analizar con rigor lo que está ocurriendo. En realidad, la izquierda desconoce más que nunca lo que ocurre. Tampoco puede decirse que el liberalismo lo capte con plena amplitud, seguramente porque estamos ante una nueva complejidad que por su decurso trepidante invalida los análisis estáticos. En su programa electoral aprobado en Madrid a inicios de diciembre, los socialistas europeos han apostado por un “crecimiento verde inteligente”. Mientras tanto, la industria del acero, agobiada por la hiper-regulación ambiental comunitaria, amaga con trasladarse al Vietnam. Tampoco la sociedad del conocimiento avanzará en la Unión Europea sin una menor rigidez en los mercados laborales y una movilidad más intensa. Y todavía queda trecho para consolidar el mercado único. Entre el mimetismo ecologista y el calco gestual de Barack Obama los socialistas europeos pudieran llegar a la cita electoral con las manos casi vacías.

El sistema capitalista deriva sus logros de una aplicación del método de prueba y error. Así es practicable la constatación de que el capitalismo ha ido adaptándose a la realidad y a sus mutaciones, porque es el sistema más acorde a la propia naturaleza humana, para bien y para mal. En un mundo global, corresponde urdir una red más eficiente para operar de modo multilateral y concertado. Consecuentemente, la economía social de mercado se refirió al requisito de un “sólido marco político-moral de un orden internacional”, a sabiendas de que el establecimiento de un sistema de ordenación internacional pertenece al capítulo de hechos excepcionales en la historia del mundo. Un ordenamiento jurídico consistente y un código tácito de normas mínimas de moral acatado por todos –dice Ropke– genera una atmósfera de seguridad y mutua confianza porque la integración económica sólo puede desarrollarse hasta donde se cumplan los postulados de un sistema de derecho y del correspondiente sistema moral. Eso no niega que la escasa globalización sea una fuente de carencias mucho mayores que el exceso de globalización.

Frente a la regresión utopista, lo que difícilmente puede creerse es una moratoria del conflicto y la crisis. Eso es puro y simple buenismo, provocador de espejismos populistas de izquierda. Conflicto y crisis son ele-

mentos constitutivos de la vida: su prospección y solvencia pertenece a los márgenes de la creatividad humana y al afinamiento de las instituciones. Ésta es la capacidad evolutiva de los mercados. El sistema capitalista no es ideal porque nada hay idealmente logrado en este planeta, salvo algunas piezas maestras del arte. Pero no es un sistema irrealista: opera sobre lo concreto salvo cuando, como hemos visto en estas semanas, se desplaza desorbitadamente según expectativas sin control. Luego vuelve a sus cauces, por sus modos de autorregulación o por la acción humana que razonablemente propugnen los Gobiernos. No es dogma liberal que el pragmatismo político deba inhibirse de atemperar en ocasiones las aceleraciones y los vértigos.

Más allá de esa confrontación emergente, somos sociedades cuyas instituciones fundamentales se basan en la tradición liberal, con economías inscritas en el libre mercado. Persiste la inercia hacia el paternalismo de Estado y la cultura de la dependencia. España es una sociedad insuficientemente impregnada de liberalismo y con un sistema cultural anclado entre las ruinas del colectivismo y de la tentación igualitaria, con unas universidades en las que Marx todavía pesa más que Adam Smith. Es terreno abonado para la nueva mitología anticapitalista.

Una crisis como la actual incentiva la necesidad de revisar los sistemas internacionales de supervisión porque el actual sistema regulador internacional corresponde en parte a estructuras de mercado que ya no existen, con instituciones internacionales de supervisión que carecen de legitimidad porque han perdido capacidad de representar. Recomponer las relaciones económicas entre lo doméstico y lo transnacional va a significar todo un nuevo orden y un cambio global. Este inicio de siglo exige milimetrar los modos de regulación global porque los nuevos mercados, como siempre, requieren del imperio de la ley. Quizá nunca habrá sido tan complejo legislar, como se constata día a día en la Unión Europea. La racionalidad necesaria no es regular más, sino regular mejor. Ahora, además, harán falta reservas especiales de energía para contrarrestar la logomaquia con que van a escenificarse nuevos mitos anticapitalistas.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Invierno de 2008

NÚMERO

38



...

RAFAEL L. BARDAJÍ: *América: de Bush a Obama*

JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ: *George W. Bush, la búsqueda de un poder absoluto*

JOSÉ MARÍA MARCO: *Bush, un pionero en la Casa Blanca*

CARLOS ALBERTO MONTANER: *Las difíciles relaciones
entre los Estados Unidos y Cuba. Algunas sugerencias
para la nueva Administración del presidente Obama*

ANA NUÑO: *«Por ahora»: diez años de Chávez en el poder*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *Una infancia feliz*

...

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVIDES

...

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com